

Thomas Pynchon

VINELAND

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

THOMAS PYNCHON
VINELAND

Traducción de Manuel Sáenz de Heredia

TUSQUETS
EDITORES

Título original: *Vineland*

1.^a edición: febrero de 1992

1.^a edición en esta presentación: septiembre de 2025

© Thomas Pynchon, 1990

Traducción: © Manuel Sáenz de Heredia, 1992

Diseño de la colección: Guillemot-Navares

Reservados todos los derechos de esta edición para

Tusquets Editores, S. A. – Av. Diagonal, 662-664 – 08034 Barcelona

www.maxitusquets.com

ISBN: 978-84-1107-650-0

Depósito legal: B. 11.801-2025

Fotocomposición: Realización Tusquets Editores

Impresión y encuadernación: Limpergraf, S.L.

Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



Una mañana de verano de 1984, más tarde de lo habitual, Zoyd Wheeler se despertó flotando entre rayos de sol que atravesaban un ficus trepador colgado delante de la ventana, mientras un escuadrón de arrendajos azules caminaba ruidosamente por el tejado. En su sueño, esos arrendajos eran palomas mensajeras de algún lugar lejano, allende el océano, que aterrizaban y despegaban de nuevo una por una, todas ellas con un mensaje para él y una vibración de luz en las alas, pero él no podía alcanzar a tiempo a ninguna. Comprendió que era otro poderoso empujón de fuerzas invisibles, relacionado, casi con seguridad, con la carta que había llegado con su último cheque por discapacitado mental, recordándole que, si no hacía alguna locura en público antes de una fecha para la que ya faltaba menos de una semana, perdería el derecho a percibir prestaciones. Se levantó de la cama con un gemido. En algún lugar indeterminado, al pie de la colina, se afanaban martillos y sierras, y en la radio de algún camión sonaba música popular americana. A Zoyd se le habían acabado los pitillos.

En la mesa de la cocina, al lado de la caja de Count Chocula, que resultó estar vacía, encontró una nota de Prairie. «Papá, me han vuelto a cambiar el turno, así que me he ido con Thapsia. Tienes una llamada del Canal 86, han dicho que es urgente, les he dicho que trataran ellos de despertarte. De todas formas, te quiero. Prairie.»

—Me temo que tendrán que ser Froot Loops otra vez —murmuró, hablando a la nota.

Con suficiente Nesquik encima, los Froot Loops no estaban tan malos, y varios ceniceros rindieron media docena de colillas fuma-

bles. Después de demorarse cuanto pudo en el cuarto de baño, se decidió finalmente a localizar el teléfono y llamar a la emisora local de televisión para recitarles el comunicado de prensa de ese año. Pero «será mejor que pregunte, señor Wheeler. Nos dicen que le han cambiado la hora».

—¿Preguntar a quién?, el que lo hace soy yo, ¿no?

—Nos han dicho que vayamos todos al Cucumber Lounge.

—Pues yo no pienso ir, estaré en el Log Jam de Del Norte.
—¿Qué demonios les pasaba? Zoyd llevaba semanas planeando el asunto.

Desmond estaba fuera, en el porche, merodeando alrededor de su plato, siempre vacío por culpa de los arrendajos azules que bajaban chillando de las secuoyas y se llevaban la comida, pedazo a pedazo. Al poco tiempo, la dieta de comida de perro había empezado a influir en la actitud de los pájaros, algunos de los cuales llegaban a perseguir coches y camionetas durante kilómetros por la carretera, mordiendo a todo el que no les gustaba. Cuando Zoyd salió, *Desmond* lo miró con ojos inquisitivos.

—Olvídame —dijo Zoyd, señalando con un movimiento de cabeza las migas de chocolate en el morro del perro—. Sé que ella te ha dado de comer, *Desmond*, y también *lo que* te ha dado.

Desmond lo siguió hasta el montón de leña, meneando el rabo para demostrar que no le guardaba rencor, y contempló a Zoyd mientras este daba marcha atrás con el coche por la calleja y finalmente giraba para incorporarse al día que tenía por delante.

Zoyd se encaminó al Centro Comercial de Vineland y pasó un rato dando vueltas por el aparcamiento, fumando medio canuto que había encontrado en un bolsillo, antes de aparcar el cacharro y entrar en More Is Less, un almacén de gangas para mujeres de talla grande, donde compró un vestido de fiesta estampado en colores que destacarían bien en la televisión, pagó con un cheque con respecto al cual compartía con la vendedora la corazonada de que acabaría pegado con cinta transparente, por falta de fondos, a esa misma caja registradora, y se dirigió al servicio de caballeros de la gasolinera Breez Thru, donde se puso el vestido y con un pequeño cepillo de pelo trató de dibujarse en la cabeza y el rostro una expresión que confiaba les pareciera suficientemente enloquecida a

los muchachos de Salud Mental. De vuelta al surtidor, echó cinco dólares de gasolina, subió al asiento trasero, sacó un cuarto de galón de aceite de la caja que guardaba allí, buscó el pitorro, lo clavó en la lata y vertió en el motor casi todo el aceite, reservando una pequeña parte para mezclarla en la lata con un poco de gasolina, que a continuación echó en el depósito de una pequeña y elegante motosierra con aspecto de producto de importación y tamaño aproximado de una Mini-Mac, que después guardó en una bolsa playera de lona. Slide, una amiga de Prairie, salió distraídamente de la oficina para ver qué pasaba por ahí.

—Vaya, ¿ya te toca otra vez?

—Este año se me ha echado encima, me horroriza pensar que me estoy haciendo demasiado viejo para estas cosas —contestó Zoyd.

—Sé lo que sientes —dijo Slide, asintiendo.

—Tienes quince años, Slide.

—Y lo he visto todo. ¿En qué ventana piensas hacerlo este año?

—En la de nadie. Paso de todo eso, saltar por las ventanas es cosa de otros tiempos, este año voy a limitarme a llevar esta motosierra al Log Jam a ver qué pasa.

—Mmm, tal vez no puedas, Wheeler, ¿has estado allí últimamente?

—Oh, sé que allá hay algunos machotes, tipos malos, que se pasan el día librándose por los pelos de morir por caída de árbol, sin demasiada paciencia con nada que se salga de lo común, pero cuento con el elemento sorpresa, ¿verdad?

—Ya lo verás —le advirtió Slide, cansina.

Desde luego que lo vería, pero solo después de pasar en la 101 más tiempo del que podía soportar su ya frágil sentido del humor, debido a una caravana de grandes camiones vivienda de otro estado en visita perezosa de las secuoyas, entre los cuales, en los trechos de dos direcciones, tenía que reducir la marcha y soportar mucha atención, no toda ella amistosa.

—¡Tampoco es para tanto! —gritó por encima del ruido del motor—. ¡Eh, es un Calvin Klein original!

—¡Calvin no pasa de la talla 14! —le gritó por la ventana una chica más joven que su hija—, y tú tendrías que estar encerrado.

Cuando llegó al Log Jam, ya era bien entrada la hora de comer y le decepcionó no ver a nadie de los medios de comunicación, solo un montón de maquinaria de primera aparcada en el solar, a su vez recientemente pavimentado en negro. Serían las primeras de una serie de penosas reformas. Tratando de concebir pensamientos optimistas, como suponer que los equipos de televisión solo se habían retrasado, Zoyd cogió la bolsa de la motosierra, comprobó una vez más el estado de su cabellera y entró como una exhalación en el Log Jam, donde de inmediato se percató de que todo, desde la comida hasta la clientela, olía distinto.

Vaya, vaya. ¿No debía haber por aquí un bar de leñadores? Todo el mundo sabía que era una época dorada para los muchachos de los bosques —aunque no para los de las serrerías, dado que los japoneses compraban troncos sin elaborar tan deprisa como se despejaba el bosque—, pero aun así la escena que se desarrollaba ante sus ojos era extraña. Hombres peligrosos, curtidos, en particular con respecto a la muerte, estaban sentados, airosos, en taburetes de diseño sorbiendo combinados de kiwi. La *jukebox* que antaño fuera famosa en cientos de salidas de autopista de toda la costa por su gigantesca colección de *country-and-western*, incluida media docena de versiones de *So Lonesome I Could Cry*, había sido retocada para emitir canción clásica ligera y música *new age* que se asomaban dulcemente a los límites de lo audible, serenando y arrullando aquella sala llena de hacheros y mecánicos que ahora tenían todos el aspecto de modelos de anuncio para el Día del Padre. Uno de los más corpulentos, entre los primeros en percatarse de la presencia de Zoyd, decidió hacerse cargo de la situación. Llevaba gafas de sol de montura elegante, una camisa Turnbull & Asser a cuadros en tonos pastel, vaqueros de un precio de tres dígitos de Madame Gris y zapatos *après-talada* de ante de un azul desvaído pero indiscutible.

—Hola, buenas tardes, hermosa señorita, y qué buen aspecto tiene, estoy seguro de que en otras circunstancias y en otra atmósfera a todos nos gustaría conocerla como persona con sus muchas virtudes y tal, pero de su modelo deduzco que es persona de tipo sensible que apreciará el problema que aquí tenemos en términos de vibraciones orientativas, ya me entiende...

Zoyd, que ya estaba más que confuso y cuyo instinto de super-

vivencia tal vez no funcionaba a la altura de lo previsto, decidió sacar la motosierra de la bolsa.

—Buster —dijo en voz alta y quejumbrosa al dueño, situado detrás de la barra—, ¿dónde está la prensa?

El aparato suscitó la atención inmediata, no toda ella debida a curiosidad técnica, de la totalidad de los presentes en el local. Era una motosierra artesana y de señora, «lo bastante potente para cortar leña», según los anuncios, «pero lo bastante *petite* para caber en un bolso». El sable, las asas y el bastidor estaban revestidos de genuina madreperla, y en el sable, escrito en diamantes falsos y rodeado de dientes de sierra listos para zumbar, se leía el nombre de la joven que se la había prestado, CHERYL, y que los mirones tomaron por el nombre artístico de Zoyd.

—Tranquila, vaquerita, no pasa nada —dijo el leñador, que dio un paso atrás mientras Zoyd, esperando hacerlo recatadamente, tiraba de una cuerda de seda fijada a un delicado pasador de arranque, y la motosierra femenina de mango de perla se ponía en marcha.

—Oye, qué meloso ronroneo.

—Zoyd, ¿qué demonios haces aquí, tan arriba? —dijo Buster, tras decidir que había llegado la hora de intervenir—. Ningún canal va a mandar un equipo tan lejos del pueblo, ¿por qué no estás abajo, en Eureka o Arcata o un sitio así?

El leñador lo miró fijamente y le preguntó:

—¿Conoces a esta persona?

—Tocamos juntos en la Conferencia de los Seis Ríos —dijo Buster, todo sonrisas—, vaya días aquellos, ¿eh, Zoyd?

—No oigo nada —gritó Zoyd, tratando de presentar un aspecto peligroso que se desvanecía rápidamente. Desaceleró de mala gana la bonita sierra nacarada, primero hasta alcanzar un tono bajo y femenino y después hasta silenciarla—. Veo que has redecorado —añadió mientras aún resonaba.

—Si hubierais venido el mes pasado, tú y esa sierrita podríais habernos ayudado a destripar el local.

—Lo siento, Buster, veo que me he equivocado de bar, desde luego no puedo serrar nada de esto, no con el dinero que has debido de meter... La única razón de que esté aquí es que el aburguesa-

miento de South Spooner, Two Street y otros locales bullangueros más familiares los ha puesto fuera de mi alcance, ahora son muchachos de esos a los que les gusta demandarte, y por un montón de pavos, con abogados de postín de la misma ciudad, especialistas en inversiones, y como se me ocurra limpiarme la nariz en una de sus servilletas de diseño la he cagado para siempre.

—Bueno, nosotros tampoco somos ya de renta tan limitada como nos recuerda la gente; de hecho, desde que George Lucas y todo su equipo pasaron por aquí ha habido un verdadero cambio de sensibilidad.

—Sí, ya me he dado cuenta... Oye, ¿te importa ponerme una cervecita, solo tamaño señora?... ¿Sabes que todavía no he visto esa película?

Hablaban de *El retorno del Jedi* (1983), partes de la cual se habían filmado en la zona y, en opinión de Buster, habían cambiado dicha zona para siempre. Apoyó los enormes codos en el único objeto que apenas había cambiado, la barra original, tallada a principios de siglo sobre un enorme tronco de secuoya.

—Pero en el fondo seguimos siendo muchachotes del país.

—Por el aspecto de tu aparcamiento, el país debe de ser Alemania.

—Tú y yo, Zoyd, somos como Bigfoot. El tiempo pasa, nunca cambiamos; en fin, tú no eres un luchador de bar, comprendo la sed de nuevas experiencias, pero es mejor que cada cual se atenga a su especialidad, y la tuya es básicamente la transfenestración.

—Mmm, sí, se nota —comentó otro leñador, con voz casi imperceptible, que se acercó furtivamente y puso una mano en la pierna de Zoyd.

—Aparte de que —prosiguió Buster, imperturbable, aunque ahora con los ojos fijos en la mano sobre la pierna— ya es tu *modus operandi*, tirarte por las ventanas, si empiezas con otra cosa a estas alturas, obligando al Estado a cambiar tu expediente en la computadora, no te vas a granjear su simpatía. «Ajá, conquere rebelde», dirán, y pronto te encontrarás con que los cheques te llegan cada vez más tarde, incluso se pierden en el correo, y oye, Lemay, buen hombre, majete, vamos a echar un vistazo a la palma de esa mano aquí arriba, en la barra, un minuto. Porque te voy a leer la fortuna,

qué te parece —le dijo, y apartó con un extraño y jovial magnetismo la mano del leñador, que habría estado igual de contenta metida en forma de puño pierna arriba del para entonces mentalmente paralizado Zoyd, o Cheryl, como el (al parecer) encaprichado Lemay insistía en llamarle—. Vas a tener una vida muy larga —dijo Buster, mirando a Lemay a la cara, no a la mano—, gracias a tu sentido común y a tu comprensión de la realidad. Son cinco pavos.

—¿Qué?

—Bueno, si lo prefieres invítanos a una ronda. Este Zoyd tiene ahora un aspecto un poco raro, pero trabaja para el gobierno.

—¡Lo sabía! —exclamó Lemay—. ¡Un agente secreto!

—Asuntos de locos —musitó Zoyd, confidencialmente.

—Oh. Bueno, también parece un trabajo interesante...

En ese momento sonó el teléfono, y era para Zoyd. Su colega, Van Meter, muy agitado, llamaba desde el Cucumber Lounge, una conocida cantina de carretera del condado de Vineland.

—Tengo seis equipos móviles de televisión esperando, además de paramédicos y un camión cantina, todos preguntándose dónde estás.

—Aquí. Me acabas de llamar, ¿recuerdas?

—Ajá. Tienes razón. Pero se suponía que hoy tenías que saltar por la cristalera del Cuke.

—¡No! Llamé a todo el mundo y les dije que era aquí arriba. ¿Qué ha pasado?

—Alguien dijo que habían cambiado el programa.

—Mierda. Sabía que algún día este asunto me iba a venir grande.

—Mejor será que vengas —dijo Van Meter.

Zoyd colgó, metió la sierra en la bolsa, apuró la cerveza e hizo mutis, lanzando al aire generosos besos de revista musical y recordándoles a todos los parroquianos que no dejaran de ver el telediarrio de la noche.

Los terrenos del Cucumber Lounge se prolongaban desde la cantina misma, iluminada con tubos de neón y de notable mala fama, hacia unos pocos acres de bosque de secuoyas virgen. Achicadas y

sombreadas por los enormes y oscuros árboles rojos, había dos docenas de cabañas de motel, con cocina de leña, porche, barbacoa, cama de agua y televisión por cable. En los breves veranos de la costa norte, eran para turistas y viajeros, pero durante el lluvioso resto del año los ocupantes eran por lo general locales y pagaban por semanas. Las cocinas de leña servían para hervir, freír e incluso asar un poco, y algunas de las cabañas tenían también hornillos de butano, de modo que, entre el humo de la madera y la austera fragancia de los árboles, en la vecindad olía a cocina todo el día.

El solar donde Zoyd trató de encontrar un sitio para aparcar nunca se había pavimentado, y el clima local llevaba años escribiendo barrancos sobre él. A la sazón disfrutaba de una visita de los medios de comunicación, más un equipo de vehículos de polis, estatales y del condado, con las luces giratorias encendidas y tocando con las sirenas la sintonía del programa *Jeopardy!* Equipos móviles, luces, cables, cuadrillas por todas partes, incluso un par de emisoras de la zona de la bahía. Zoyd empezó a ponerse nervioso.

«Tal vez debería haber encontrado algo barato que serrar en el local de Buster», murmuró. Finalmente tuvo que salir marcha atrás y aparcar en uno de los espacios de Van Meter. Su viejo bajista y compañero de enredos llevaba años instalado allí, en lo que él seguía describiendo como una comuna, con un sorprendente número de novias actuales y exnovias, novios de exnovias, niños de combinaciones de padres presentes y ausentes, además de personajes diversos procedentes de la noche. Zoyd había visto programas televisivos sobre Japón en los que salían sitios como Tokio donde la gente estaba increíblemente apelotonada pero donde todo el mundo se llevaba bien, a pesar de la congestión, debido a que en el curso de la historia todos habían aprendido a comportarse con urbanidad. Así que cuando Van Meter, eterno buscador de significados, se mudó a la cabaña del Cucumber Lounge, Zoyd había puesto su esperanza en alcanzar algo de serenidad al estilo japonés como efecto secundario, pero no hubo suerte. En vez de una discreta solución para tanta ebullición, la «comuna» optó por una solución enérgica: reñir. Implacable y alta en decibelios, era una reyería elevada al nivel de ceremonia, que pronto generó su propio

boletín doméstico, la *Blind-Side Gazette*, una reyerta que llegaba incluso a los oídos de los conductores de los camiones de dieciocho ruedas lanzados a toda velocidad, algunos de los cuales atribuían el ruido al mal funcionamiento de la radio, y otros, a fantasmas inquietos.

Por la esquina del Cuke apareció entonces Van Meter, con su característica expresión, Probidad Herida, en el rostro.

—¿Estás listo? Nos vamos a quedar sin luz, la niebla se nos echará encima en cualquier momento, ¿qué demonios hacías allá en el Log Jam? —le recriminó Van Meter.

—No..., pero ¿por qué está todo el mundo aquí en vez de allí?

Entraron por la puerta de atrás, Van Meter frunciendo y desfrunciendo el ceño.

—Supongo que ahora que estás aquí puedo decírtelo: acaba de aparecer ese viejo camarada tuyo.

Zoyd empezó a sudar y sintió una de esas palpitaciones de miedo que sentía como ganas inmediatas de cagar. ¿Era percepción extrasensorial o solo estaba reaccionando al tono de voz de su amigo? De alguna manera sabía quién iba a ser. Ahora que necesitaba toda su concentración para atravesar otra ventana, tenía que preocuparse por ese visitante llegado de tiempos pasados. Y, en efecto, resultó ser el constante perseguidor de Zoyd, Héctor Zúñiga, agente de campo de la DEA, de vuelta una vez más, como un errático corneta federal que en cada visita a la órbita de Zoyd aportaba nuevas formas de mala suerte y funesta influencia. Esta vez, sin embargo, había tardado mucho en aparecer, tanto que Zoyd había concebido la esperanza de que el tipo hubiera encontrado otra víctima y desaparecido para siempre. Sigue soñando, Zoyd. Héctor estaba de pie al lado de los servicios, fingiendo jugar en una máquina Zaxxon, pero en realidad esperaba a que volvieran a presentarle, honor que al parecer recaía en el director del Cuke, Ralph Wayvone, Jr., caballero que vivía del dinero que le mandaban desde San Francisco, donde su padre era un personaje de cierta importancia por el éxito obtenido en esferas comerciales donde una mayoría abrumadora de las transacciones se realiza en dinero efectivo. Ralph Jr. iba ese día muy arreglado, con un traje de Cerruti, camisa blanca con gemelos, zapatos de doble suela tócalos-y-te-

mato procedentes de algún punto de ultramar; no le faltaba ningún detalle. Y, como todos los que andaban por allí, parecía más nervioso de lo normal.

—Oye, Ralph, ánimo, soy yo quien tiene que hacer todo el trabajo.

—Aaah... Mi hermana se casa el fin de semana que viene, el grupo acaba de disolverse, soy el coordinador social, se supone que tengo que encontrar un sustituto, ¿comprendes? ¿Sabes de alguien?

—Sí, tal vez... Mejor no la jodas esta vez, Ralph; si no, ya sabes lo que ocurrirá.

—Siempre de broma, ¿eh? Bueno, te voy a enseñar la ventana que vas a usar. ¿Quieres que les pida que te den una copa o algo? Ah, por cierto, Zoyd, ha llegado un viejo amigo tuyo, viene de lejos para desearte suerte.

—Ya, ya. —Zoyd Wheeler entrelazó un instante brevísimo su dedo gordo con el de Héctor.

—Me encanta tu vestido, Wheeler.

Zoyd alargó el brazo, con la precaución de un desactivador de explosivos, para dar unos golpecitos en el estómago de Héctor.

—Parece que has estado «moviendo el bigote» un poquito, viejo.

—Más grande, no más blando, oye. Y, hablando de comer, ¿qué te parece si quedamos mañana en Vineland Lanes?

—No puedo, estoy tratando de sacar dinero para pagar la renta y ando retrasado.

—Es im-por-tan-te —canturreó Héctor—. Míralo de esta forma. Si puedo demostrarte que sigo siendo un forajido tan malvado como de costumbre, ¿me dejarás que te invite a almorzar?

—Tan malvado como... —¿Como qué? ¿Por qué caía Zoyd, una y otra vez, en esas untuosas trampas hectorianas? Incómodo era lo menos que había salido de ellas—. Héctor, estamos ya demasiado viejos para eso.

—Después de todas las sonrisas y de todas las lágrimas...

—Vale, para ya, de acuerdo... Tú serás malvado, yo iré a almorzar, pero, por favor, ahora mismo tengo que saltar a través de esta ventana. Si no te importa, dame unos segundos...

El personal de producción murmuraba en sus intercomunicadores, y a través de la ominosa ventana se veía a los técnicos, que blan-

dían fotómetros y comprobaban niveles de sonido exterior, mientras Zoyd, respirando regularmente, repetía en silencio un mantra que Van Meter, el año pasado, a finales de su fase de yoga y alegando que le había costado cien dólares, le había colocado por un billete de veinte sobre el que Zoyd nunca tuvo verdaderas facultades discrecionales. Finalmente todo quedó preparado. Van Meter saludó con la mano al estilo vulcano de mister Spock:

—¡Listo cuando tú lo estés, V Doble!

Zoyd se contempló en el espejo de detrás de la barra, se sacudió el cabello, se volvió, se preparó y, con la mente vacía, corrió hacia la ventana y la atravesó con estruendo. En el momento mismo en que hizo contacto con ella notó que pasaba algo raro. No hubo prácticamente impacto, y el sonido y la sensación fueron distintos de otras veces, sin elasticidad ni resonancia, sin volumen, solo una especie de fino y apagado astillamiento.

Tras complacer a todas y cada una de las cámaras de noticias que lo embestían con rostro enloquecido, y una vez que la policía terminó el papeleo, Zoyd vio a Héctor acurrucado delante de la ventana destruida, entre los restos relucientes, con un brillante polígono de cristal dentado en la mano.

—Es la hora del malvado —exclamó, exhibiendo la desagradable sonrisa que Zoyd conocía desde hacía mucho tiempo—. ¿Estás listo? —Movió bruscamente la cabeza, como una serpiente, y dio un gran mordisco al cristal.

«Mierda», pensó Zoyd, helado, «ha perdido el juicio»... Pues no, parece que no. Héctor, por el contrario, estaba masticando aquello, aplastando y babeando, con la misma sonrisa maligna, musitando «¡Mmm-mm!» y «*¡Qué rico, qué sabroso!*».* Van Meter salió corriendo detrás de un camión de paramédicos chillando «¡Ambulancia!», pero Zoyd lo había comprendido; no era un pardillo, leía *Teleguía* y acababa de recordar un artículo sobre ventanas trucadas hechas de hojas de caramelo transparente, que se rompían pero no cortaban. Por eso le había dado una sensación tan rara... El joven Wayvone había quitado la ventana normal y la había sustituido por una de azúcar.

* En castellano en el original. (N. del T.)

—Engañado otra vez, Héctor, gracias.

Pero Héctor ya había desaparecido en un gran sedán gris con matrícula oficial. Los postreros componentes de los equipos de noticias estaban sacando las últimas fotos de localización del Cuke y su famoso cartel giratorio, que Ralph Jr. encendió encantado antes de tiempo, un enorme pepino de neón verde con verrugas destellantes dispuesto en un ángulo que lograba expresar, con exactitud de uno o dos grados, cierta vulgaridad. ¿Tenía Zoyd que presentarse al día siguiente en la bolera? Técnicamente, no. Pero en los ojos del federal había un destello que Zoyd seguía viendo a través del cristal polarizador del vehículo, incluso mientras la niebla nocturna envolvía la gran berma y avanzaba hacia la 101 y el coche que llevaba a Héctor se introducía en ella. Zoyd barruntó que querían engatusarle otra vez. Héctor llevaba años intentando utilizarlo como recurso, y hasta el momento —técnicamente— Zoyd había conservado la virginidad. Pero el muy cabroncete no renunciaba. Volvía y volvía, cada vez con un plan nuevo y más enloquecido, y Zoyd sabía que un día, solo para que le dejara en paz, se diría «olvídalo» y se pasaría al enemigo. El problema era si sería esta vez o una de las próximas. ¿Debía esperar una vuelta más? Era como estar en *La rueda de la Fortuna*, solo que sin las amistosas vibraciones de un Pat Sajak para consolarse, sin la bronceada y hermosa Vanna White en un extremo del campo visual para animar la Rueda, para desearle lo mejor, para descubrir una por una las letras de un mensaje que de todas formas sabía que no quería leer.

Zoyd llegó a casa con tiempo para observarse en la tele, aunque tuvo que esperar a que Prairie terminara de ver la película de las 16.30, Pia Zadora en *La historia de Clara Bow*. Prairie manoseó la tela del llamativo vestido estampado.

—Me mola cantidad, papá. Fresco, atrevido. ¿Me lo regalas cuando termines? Lo usaré de colcha para tapar el colchón japonés.

—Oye, ¿sales alguna vez con leñadores, taladores, mecánicos, tíos así?

—Zo-oyd...

—No te ofendas, lo digo porque algunos de esos tipos me pasaron su número de teléfono, ¿ves?, además de billetes de distintas denominaciones.

—¿Para qué?

Se apartó un poco, miró de reojo a su hija, cuidadosamente. ¿Tenía truco la pregunta?

—Vamos a ver, 1984, debes de tener... ¿catorce años?

—Te vas acercando, ¿quieres probar a ver si ganas el coche?

—No es nada personal, oye. —Zoyd se había ido quitando el vestido grande y abigarrado. La joven se apartó, fingiendo alarmarse, tapándose la boca y poniendo los ojos en blanco. Debajo, Zoyd llevaba bermudas anchas y una camiseta de Hussong hecha jirones—. Toma, todo tuyo, ¿te importa que vea si salgo en las noticias?

Se sentaron juntos en el suelo delante de la tele, con una bolsa de Cheetos del tamaño de una silla y un paquete de seis botellas de zumo de pomelo de la tienda de alimentación sana, y vieron el resumen de los partidos de béisbol, los anuncios y el tiempo

—seco otra vez— hasta que llegó el momento de la historia de despedida.

—Pues bien —dijo con una risita ahogada Skip Tromblay, el locutor del telediario—, hoy ha tenido lugar uno de los acontecimientos anuales de Vineland cuando un paciente ambulatorio del loquero, Zoyd Wheeler, ha realizado su ya familiar salto a través de otra ventana de la zona. En esta ocasión, el establecimiento afortunado ha sido el Cucumber Lounge, local de mala fama, que están viendo en su emplazamiento habitual, a la salida de la carretera 101. Alertados por un comunicante anónimo, los equipos de Noticias Calientes de TV 86 estaban allí para registrar la hazaña de Wheeler, que el año pasado a punto estuvo de salir en *Good Morning, America*.

—Sales muy bien, papá.

En la tele, Zoyd atravesaba violentamente la ventana mientras se oía el ruido real de un cristal que se rompía con estrépito. Los coches de policía y los equipos de bomberos aportaban animados elementos cromáticos. Zoyd se vio caer sobre el pavimento, rodar sobre sí mismo, levantarse y embestir a la cámara, aullando y enseñando los dientes. No habían incluido tomas del arresto y la liberación proforma, pero le satisfizo comprobar que en la tele el vestido, naranja brillante, morado casi ultravioleta, un poco de verde ácido y un poco de magenta en un estampado retro-hawaiano de loros-y-chicas-hula-hop, atraía poderosamente la atención. En uno de los canales de San Francisco estaban repitiendo el vídeo a cámara lenta, los millones de trayectorias de cristales pulidos como gotas en una fuente, Zoyd en el aire con tiempo para girar sobre sí mismo hasta adoptar una serie de posturas que no recordaba, muchas de las cuales, congeladas, podrían haber ganado un premio de fotografía en alguna parte. A continuación salían escenas culminantes de sus anteriores intentos, en los que los colores y otras características de la producción iban empeorando a medida que retrocedían hacia el pasado, y después de eso un grupo integrado por un profesor de física, un psiquiatra y un entrenador de carreras a campo través, en vivo y en remoto desde la Ciudad Olímpica de Los Ángeles, discutía la evolución de la técnica de Zoyd a lo largo de los años, subrayando la útil distinción entre la personalidad de-

fenestrativa, que prefiere tirarse por las ventanas, y la transfenestrativa, que tiende a atravesarlas, reflejando cada una de ellas un subtexto psíquico del todo distinto, punto en el que Zoyd y Prairie empezaron a distraerse.

—Te doy un nueve y medio, papá, tu récord personal... Una pena que el vídeo esté reventado, podríamos haberlo grabado.

—Estoy en ello.

Prairie lo miró sin pestañear.

—La verdad es que necesitamos uno nuevo.

—Solo me falta el dinero, soldado, ni siquiera puedo aportar comestibles suficientes para esta casa.

—Ah, no. Ya sé por dónde vas. ¡Historias de dietas! ¿Qué pretendes que haga? No soy yo quien deja todos esos pasteles y tartas y cosas por todas partes, barras de dulce en el congelador, Nesquik en vez de azúcar, ¿eh? ¿Qué otra cosa puedo hacer?

—Oye, solo estaba hablando de dinero, nena. ¿Quién te ha estado mareando con esas historias de dietas?

La cabeza de la joven se inclinó y giró un poco, con precisión mecánica, sobre el cuello largo y fino y las vértebras, como si realizara un ajuste que le permitiera hablar con su padre.

—Oh, tal vez uno o dos comentarios últimamente del Gran I.

—Mira qué bien, sí señor, el conocido punk experto en dietas... Dime otra vez de dónde le viene el nombre, ¿de algún robot?

—De Isaías Dos Cuatro, un versículo de la Biblia —dijo moviendo la cabeza en lenta resignación—, que *tus* amigos, sus padres, estafalarios y jipiosos, le pusieron en 1967, por eso de transformar la guerra en paz, convertir las lanzas en podaderas y otras idioteces de pacifistas.

—Pues más vale que tengáis cuidado los dos con esa mierda, ¿no se te ha ocurrido que tal vez el viejo R2-D2 es simplemente un ta-caño que no te quiere comprar comida mientras pueda evitarlo? ¿Qué hace? ¿Qué te deja comer?

—El amor es extraño, papá, a lo mejor lo has olvidado.

—Ya sé que el amor es extraño, lo sé desde 1956, incluidos todos esos números de guitarra. Estás enamorada de ese individuo, pero a lo mejor olvidas que yo le conozco, os recuerdo a todos pidiendo caramelos de casa en casa no hace tanto tiempo, y déjame

que te diga que un niño que se presenta en la puerta disfrazado del «Jason» de *Viernes 13* [1980], y por favor, escucha lo que te dice un viejo caso psiquiátrico: tiene problemas.

Prairie suspiró.

—Todo el mundo se llamó Jason ese año. Ahora es un clásico, como Frankenstein, y qué más da, no veo por qué va a ser un problema. Por si no lo sabes, Isaías siempre te ha admirado.

—¿Qué?

—Por saltar a través de todas esas ventanas. Ha estudiado al milímetro todos tus vídeos. Dice que estuviste a punto de ensartarte un par de veces.

—A punto, ¡ah...!

—Los cristales caen derechos del marco de la ventana —explicó—, como lanzas grandes y afiladas, lo bastante pesadas para atravesarte. Isaías dice que todos sus amigos comentan lo increíblemente tranquilo que pareces, tan ajeno al peligro.

Lívido y mareado, aún pudo mirarla con recelo con un ojo. No valía la pena contarle lo de la ventana falsa de hoy, parecía tan sincera, incluso extrañamente admirativa, buen momento para cerrar el pico. Pero ¿era verdad, era posible que hubiera estado tan cerca de la muerte o de una operación grave en todas las ocasiones precedentes, tan divertidas? Y entonces, salvo que pudiera contar con ventanas de azúcar de ahora en adelante, ¿qué esperanzas tenía de seguir obteniendo ingresos de esa manera? Carajo..., tenía que haber trabajado en un espectáculo de emociones del tipo del de Joey Chitwood todo ese tiempo, y ganando dinero de verdad.

—...y además creo que Isaías y tú podríais hacer algún negocio juntos —había estado diciendo Prairie—, porque sé que él estaría dispuesto, y tú solo tendrías que tener un espíritu abierto.

Zoyd no sabía de qué le estaba hablando, pero hizo un esfuerzo por alumbrar pensamientos optimistas.

—Mientras no me abra la cabeza... —Y tuvo que esquivar el zapato de gimnasia, por suerte sin el pie dentro, que le pasó rozando la oreja.

—Le estás juzgando por su corte de pelo, solo por eso —dijo agitando el índice, tanteando una actitud entre riña de vecinos y Jefe del Frenopático de comedia musical—. Te has convertido en

exactamente el mismo tipo de padre que solía putearte cuando eras un jipioso adolescente.

—Desde luego, yo era una amenaza pública tan grave como tu novio, pero a ninguno de mi generación se le ocurrió presentarse a altas horas de la noche en casa de nadie con la máscara del de *Viernes 13* [1980], cargado de cuchillas letales e incluso de algo que parecía una podadera. ¿Y me dices que podemos hacer negocios? ¿Qué negocios?, ¿reforma de campamentos de verano? —Empezó a tirarle Cheetos, con lo que lo llenó todo de migas de un color naranja chillón.

—Tiene una buena idea, si quisieras escucharle, papi.

—Pápite esta. —Zoyd se comió un Cheeto que había previsto tirar—. Claro que puedo escuchar, espero ser aún capaz de eso, a ver si te crees que soy un carroza. Mira, puede incluso que resulte ser un buen muchacho a pesar de todas las pruebas en contra, acuérdate de Moondoggie, por ejemplo, en *Gidget* [1959], después de todo...

—¡Isaías! —gritó la joven—, muévete, hombre, no sabemos cuánto tiempo le va a durar el buen humor. —Y de otra dimensión, donde había estado esperando en órbita, emergió Isaías Dos Cuatro, que en esta ocasión, observó Zoyd, llevaba el largo mechón mohicano teñido de verde ácido vibrante, excepto en las puntas, donde se había pintado unas sombras fucsias con aerógrafo. Daba la casualidad de que eran los colores favoritos de toda la vida de Zoyd, y Prairie, que le había regalado suficientes camisetas y ceniceros en pintorescas combinaciones de los sesenta, sabía eso perfectamente. ¿Tal vez un insólito esfuerzo por caer bien?

Isaías, al saludarlo, esbozó una serie de movimientos marciales, pues por alguna razón siempre había creído que Zoyd había sido testigo presencial de los combates de Vietnam. En parte eran posturas de veterano de la jungla y de patio de cárcel que Zoyd reconocía, en parte coreografía privada que no pudo seguir, aunque lo intentó, durante la cual Isaías no dejó de tararear *Purple Haze*, de Jimi Hendrix.

—¿Qué tal, señor Wheeler? —dijo por fin Isaías—, ¿cómo le va?

—¿Qué es eso de «señor Wheeler»? —dijo por fin Isaías—, ¿cómo le va? —¿Comes carne, mamón?» —frase con que culminó su última reunión,

en la que a partir de una moderada discusión sobre diferencias musicales los sentimientos habían derivado a toda prisa hacia el rechazo, en una escala bastante amplia, de la mayoría de los valores del interlocutor.

—Bueno, oiga —respondió el entusiasta de la violencia, tamaño NBA, que tal vez se estaba follando a su hija o tal vez no—, debí referirme a «comer carne» solo en el contexto de nuestro extraño destino conjunto como sándwiches mortales, igual de expuestos a las mandíbulas del destino, y desde esa perspectiva qué importa, en realidad, que no le gusten las manifestaciones musicales de Fosa Séptica o Pedorros Fascistas —tan evidentemente adulador que a Zoyd no le quedó más remedio que aplacarse.

—Puestos a eso, podría incluso olvidarme, por trivial, de tu vigorosa defensa de la Uzi como medio de resolver muchos de nuestros problemas sociales.

—Muy amable, señor.

—Comed, troncos —dijo Prairie, que entró con un galón de guacamole y una bolsa gigante de Cheetos, lo que hizo a Zoyd preguntarse si no debería aparecer pronto, ajá, ahí estaba, un paquete de seis de Dos Equis frías, ¡ah, *muy bien!*

Abrió una, sonrió de oreja a oreja, observó una vez más en su hija el artero don, aún no desarrollado profesionalmente, de preparar un negociete, algo que sin duda debía de haber sacado de él, y sintió que se enardecía, a no ser que se debiera al guacamole, pues la chica se había pasado un pelo con la salsa comercial.

La referencia de Zoyd a la metralleta Uzi, la «hijaputa del desierto», como se la conoce en su nativo Israel, había sido apropiada. La idea comercial de Isaías era crear primero uno y posteriormente una cadena entera de centros de violencia, cada uno de ellos tal vez del tamaño de un pequeño parque temático, con campos de tiro para armas automáticas, aventuras paramilitares fantásticas, tiendas de regalos y cantinas y salas de videojuegos para los niños, pues Isaías pensaba en una clientela familiar. También se integraban en el concepto un diagrama y un logotipo normalizados, a efectos de concesión de licencias. Isaías, sentado ante la gran bobina de cable que hacía de mesa, dibujaba diagramas con migas de Cheetos y exponía su sueño... «Emociones tercermundis-

tas», una carrera de obstáculos en la jungla donde había que columpiarse en cuerdas, caerse al agua, disparar sobre dianas con forma de elementos guerrilleros indígenas que surgían de forma inesperada... «Basura de la ciudad», que permitiría al visitante erradicar del mundo imágenes de diversos indeseables urbanos, incluidos Chuloputas, Pervertidos, Camellos y Atracadores, todos ellos cuidadosamente multirraciales con objeto de ofender a todo el mundo, en un entorno de callejas oscuras, neón lívido y música de saxofón matizada..., y para el *connaisseur* agresivo, «Galería de éxitos», en la que podías pedir que te alinearan una serie de cintas de vídeo de las personalidades públicas a las que más odiabas, cada una en una pantalla de viejos televisores usados comprados a precio de chatarra que te pasarían por delante en una cinta transportadora, como patos de feria, de modo que tu satisfacción por reventar esas imágenes farfullantes y presumidas se vería realizada por la implosión de los tubos de rayos catódicos...

Zoyd apenas conseguía mantenerse a flote, semiahogado por la ola de proyecciones demográficas y de beneficios que el muchacho iba exponiendo. Se percató, medio mareado, de que en algún momento la boca se le había abierto y se había quedado así, a saber cuánto tiempo. La cerró con demasiada brusquedad y se pilló la lengua, en el instante en que Isaías pronunciaba la frase «y no le costará un chavo».

—Ya, ya. ¿Cuánto me costará?

Isaías le enseñó la ortodoncia californiana de cinco cifras y lo miró fijamente a los ojos. Lo único que tenía que hacer Zoyd era avalar una solicitud de préstamo...

Zoyd se permitió una prolongada y triste risita interdental.

—¿Y quién va a conceder el préstamo? —preguntó, esperando que le dieran una dirección en algún estado lejano, sacada de la tapa de una caja de cerillas. Resultó ser el mismísimo Banco de Vine-land-7—. No los habrás, eeh, amenazado, o algo así, ¿no? —Clavó los ojos en el muchacho, cuya larga sombra se proyectaba sobre el suelo.

Isaías se limitó a encogerse de hombros y prosiguió:

—En consideración a ello, le daremos a usted todo el trabajo de construcción y paisajismo.

—Un momento, ¿por qué no te avalan tus padres?

—Oh..., supongo que porque siempre han promovido, ya sabe, la no violencia. —Hubo algo melancólico en su forma de decirlo. No era solo que sus padres fueran vegetarianos, es que también discriminaban *entre* las verduras, excluyendo de su dieta, por ejemplo, cualquier cosa roja, el color de la ira. Casi todo el pan, por fabricarse con levaduras asesinas, era tabú.

Aunque Zoyd no era lo que llamaríamos un psicoanalista, se preguntó si el chaval no le estaba haciendo a Prairie, en términos de locura alimentaria, lo que le hacían a él en casa.

—Y... ¿tus padres no saben nada de esto todavía?

—Bueno, quería que fuera una sorpresa, ¿no?

Zoyd soltó una risotada.

—A los padres les encantan las sorpresas. —Y pescó a Prairie mirándole con cara rara, como diciendo «¿ah, sí?, te vas a enterar...».

En vez de eso, dijo:

—Nos vamos todos de *cámping* unos días, ¿vale? Básicamente el grupo y otro par de chicas.

Isaías tocaba en un grupo de *heavy metal* local llamado Billy Barf y los *Vomitones*,* que últimamente tenía problemas para encontrar trabajo.

—Vete a ver a Ralph Wayvone, Jr., en el Cuke —aconsejó Zoyd—, su hermana se casa en la ciudad el fin de semana que viene, el grupo ha dado de repente una espantada, y parece que anda desesperado por encontrar sustitutos.

—Eh..., bueno, tal vez lo haga ahora, ¿puedo usar su teléfono?

—Me parece que la última vez que lo vi estaba en el cuarto de baño.

Una vez solos, su mirada se cruzó con la de Prairie. Nunca había sido retorcida, ni siquiera de muy pequeña. Por fin dijo:

—¿Y?

—Es un tío legal, pero ningún banco me va a aceptar como avalista de un préstamo, lo sabes muy bien.

—Eres un hombre de negocios local.

* En castellano en el original. (N. del T.)

—Ellos lo llamarían techador ambulante, y de todas formas debo demasiado dinero por todas partes.

—Les *encanta* que les deban dinero.

—No como lo debo yo, Prairie... Si el proyecto se fuera al traste, se quedarían con la casa. —Afirmación que tal vez había empezado a hacer efecto cuando Isaías salió corriendo del cuarto de baño gritando:

—¡Nos contratan! ¡Nos contratan! ¡Asombroso! ¡No me lo puedo creer!

—Yo tampoco —murmuró Zoyd—. Es una boda italiana por todo lo alto. ¿Qué vais a tocar? ¿«Grandes éxitos de Pedorros Fascistas»?

—Tal vez se necesiten algunos cambios conceptuales —reconoció Isaías—. Para empezar, dejé caer como que éramos italianos.

—En fin, tal vez tengáis que aprender algunas melodías, pero os adaptaréis, tratad de no preocuparos —dijo riendo entre dientes mientras Prairie e Isaías salían por la puerta, sí, siempre encantado de ayudar, muchacho, una actuación para una familia de mafiosos, lo que quieras, no, no, no hace falta que me des las gracias...

Zoyd había tocado en algunas bodas multitudinarias en el curso de su carrera, nada que el muchacho no pudiera manejar, y además la comida compensaría con creces cualquier episodio embarazoso, así que no era como hacerle una faena al novio de su hija, al que por lo demás todavía no adoraba al cien por cien, ni nada parecido. Y en lo que se refería a problemas, Isaías era más como unas vacaciones en medio de dificultades más graves, entre las cuales destacaba, de repente, el recrudecimiento de Héctor Zúñiga en la vida de Zoyd, un asunto al que, mientras encendía un porro y se instalaba delante de la tele muda, sus pensamientos retornaron de manera inevitable.